



Una poetisa

de la

Mancha

*Aquí me tienes; soy así: riente
a flor de labio: con el alma nueva:
con un poco de luna en esta frente
que por alzarse a Dios de luz se nieva.*

EVA CERVANTES.

M

UCHOS años hace ya, querido lector, que esta poetisa —hoy uno de los primeros valores de habla hispana— vivió en la manchega ciudad de Tomelloso. Aquí, de cara a la llanura anchurosa, se templó su espíritu recibiendo ese influjo misterioso con que obra la Mancha sobre quienes permanecieron en ella el tiempo suficiente para llegar a comprenderla. Sus horas de juventud, esas horas en las que el alma se baña cada día con la purísima luz de una ilusión nueva, transcurrieron aquí, por estas calles, por estas plazuelas de nuestro Tomelloso...

Después, Andalucía —su tierra natal— nos la robó. Eva Cervantes, al marchar a Sevilla para pasar el resto de su vida frente a esa torre de campanas sin edades, como ella ha bautizado a la popular Giralda, puso un velo de amor sobre el recuerdo de sus mocedades... Y salió silenciosamente, como la madre amorosa cuando abandona, de puntillas, el dormitorio en cuya cunita descansa un pedazo de su alma... Sí; ella temió, tal vez, que despertase el recuerdo de los tiempos idos, porque a él le ataba también una fuerza poderosa.

Al cabo de los años Eva Cervantes ha recibido, como una embajada de honor, la llamada amorosa de esta tierra. Y ha descornado, con generosa mano, el velo que cubría una de las más amadas épocas de su vida. La Mancha ha despertado en ella el recuerdo de su juventud y Eva, desde su imperial Sevilla, ha iniciado un diálogo de vieja amistad con esta llanura tan amada por ella. ALBORES quiere contestar con estas sencillas líneas a este diálogo para expresar a la eximia poetisa el agradecimiento de nuestras tierras y de nuestras gentes; tan sencillas, tan llanas, como ella las conoció.

Para quien cruza de paso, La Mancha ha tenido siempre muchos amores sin cobijar. Pero no para Eva, que atravesó nuestros llanos con la egregia sencillez de una pastora Marcela, derramando como mensajes de paz y de amor sus primerizos sonetos, sus décimas primeras, nacidas de lo más íntimo de su «alma nueva», con la turbada emoción de quien todo lo encontraba digno de amarse y de loarse.

Ahora, en Sevilla, Eva Cervantes trabaja sin descanso dando molde de originalísima expresión a una poesía sencilla, íntimamente personal, que quedará como muestra de la más pura y clásica concepción de la poesía española. Y, de vez en vez, aparta su atención de su tierra natal para dedicarnos unos versos sentidos, que nos llegan impresos en la satinada cuartilla, todavía impregnada con el aroma de esos naranjos que ciñen el talle de la gentil Giralda.

Nosotros —Tomelloso, La Mancha—, a falta de otra cosa mejor que ofrecerle, le enviamos nuestro saludo de hermanos desde estos apacibles tomillares que ella ha sabido remozar en el cuenco amoroso de sus versos.

Francisco Adrados Fernández.